

Comentarios sobre *Confrontar sin ofender*

“Aprecio que me recuerden que es posible enfrentarse a alguien sin ofender. Deborah Pegues trata este tema con la autoridad que proviene de mucho estudiar e investigar. Al mismo tiempo, este libro es claro, fácil de entender y práctico”.

OBISPO CHARLES E. BLAKE,
Obispo presidente de *International
Churches of God in Christ*

“Todos experimentamos conflictos en la vida, pero pocos sabemos cómo afrontarlos. Algunos de nosotros intentamos controlar las situaciones con explosiones de enojo, y otros ignoramos los problemas esperando que desaparezcan. Deborah Pegues nos muestra cómo gestionar los conflictos de forma práctica sin ofender a los demás. ¡Todos necesitamos este libro!”.

FLORENCE LITTAUER,
Conferencista internacional y autora
de *Enriquezca su personalidad*

Confrontar sin ofender

Estrategias para resolver los conflictos

Deborah Smith Pegues



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Confronting Without Offending* © 2009 por Deborah Smith Pegues y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, Oregon 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Confrontar sin ofender* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Beatriz Fernández

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1797-9

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Dedico este libro a la memoria del Dr. H. Marvin Smith y su esposa, la Dra. Juanita Smith, antiguos pastores de la Iglesia Cuadrangular West Adams de Los Ángeles, California.

Como mis mentores y animadores espirituales, ellos fueron modelo de generosidad, fe, perdón y amor. Le agradezco a Dios eternamente por el privilegio de haber podido estar bajo su ministerio y haber sido testigo de primera mano de su santidad.

Reconocimientos

Gracias a toda mi familia y mis amigos por sus oraciones, sus historias sobre conflictos y las sugerencias que hicieron posible que este libro fuera escrito. Doy gracias especialmente a Harold y Ruth Kelley que me animaron y me ofrecieron su casa de retiro en la montaña para crear un ambiente perfecto para escribir.

También quiero agradecer al pastor Edward Smith de la comunidad *Zoe Christian Fellowship* de Whittier, California, por su ánimo y compromiso para enseñar los principios bíblicos de la resolución de conflictos, y por utilizar una primera versión de este libro como fuente para ello.

Le doy las gracias eternamente a mi esposo, Darnell Pegues, cuyo apoyo técnico, emocional y espiritual fue la clave para que yo pudiera terminar este trabajo.

Contenido

Reconocimientos	6
---------------------------	---

Parte 1:

Confrontación: El puente hacia la armonía

1. El objetivo de la confrontación	11
2. Se nos ha encomendado la confrontación	21

Parte 2:

Confrontación bíblica y estilos de gestión de conflictos

3. El dictador: “A mi manera”	33
4. El acomodador: “A tu manera”	40
5. El que abdica: “Yo me largo”	58
6. El colaborador: “Busquemos una manera”	68

Parte 3:

Estrategias para una confrontación efectiva

7. Prepararse para el encuentro	79
8. Reconocer el problema	83
9. Decir las palabras adecuadas	89
10. Escuchar	105
11. Negociar el comportamiento futuro	116
12. Liberar al ofensor.	126

Parte 4:

Confrontación y temperamentos

13. El perfil de personalidad	149
14. Entender los distintos temperamentos.	155

Parte 5:

Pautas para la confrontación en situaciones concretas

15. Relaciones familiares	173
16. Relaciones laborales	179
17. Relaciones sociales o de otro tipo	184
Epílogo	195

Apéndice 1:

Resumen del comportamiento según el tipo de personalidad	198
--	-----

Apéndice 2:

Índice de conflictos bíblicos	201
---	-----

Notas	203
-----------------	-----

Parte I

**Confrontación: El puente
hacia la armonía**

El objetivo de la confrontación

Lo tenía todo planeado. No era gran cosa, pero sabía que mi esposo Darnell estaría agradablemente sorprendido al ver cómo había mejorado su espacio de trabajo en nuestra oficina. Llevaba algún tiempo hablando de lo ineficaz que resultaba.

No era el momento ideal de descuidar mi planificación laboral, ya que mi manuscrito tenía que estar listo en un par de días, pero había conducido por toda la ciudad de Los Ángeles, en hora punta, para buscar una pieza de cristal que había encargado para dar el toque final a mi proyecto. Lo había llamado a la oficina y a su celular varias veces para saber cuánto tiempo tenía para completar la sorpresa. No había contestado a mis llamadas. Eso era un poco raro. Él siempre responde en el momento, a menos que esté en una reunión.

Decidí llamarlo a su celular cuando estaba segura de que ya vendría de regreso a casa. Seguí sin obtener respuesta.

Empecé a preocuparme. *¿Habría tenido un accidente? ¿Estaría bien?* Después de lo que pareció ser una eternidad, oí que llegaba su coche. Cuando miré, pude ver que estaba

hablando por su celular. Siguió hablando durante cuarenta y cinco minutos mientras seguía sentado en el coche.

¡Ahora sí que me estaba enojando! Mi imaginación iba a toda prisa. *¿Por qué no entra en casa y habla con esa persona desde el teléfono de casa?* (Después de todo, la cobertura es muy mala en nuestra zona). *¿No quiere que yo sepa con quién está hablando?* *¿Por qué no me ha llamado en estas dos horas?*

Darnell no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Finalmente entró en casa y me explicó que había estado hablando con una pariente cercana que estaba sufriendo toda una serie de problemas y que él la había consolado y había orado con ella. Sí, había visto mis llamadas, pero no había encontrado el momento adecuado para interrumpir la conversación.

Aunque la situación me resultaba familiar y la comprendía, seguía estando enojada. Él, de manera consciente, había puesto las necesidades de otra persona por encima de las mías. Eso sencillamente no pasa en nuestra casa, casi treinta años de matrimonio avalan (por la gracia de Dios) que seamos prioritarios el uno para el otro. Enseñar a las parejas a poner en primer lugar a sus cónyuges —después de Dios, claro— es algo de lo que siempre les hablamos a los demás.

“Se supone que yo tengo que ser tu prioridad, y podría haber estado perdida por cualquier parte”, dije tratando de ocultar mi ira e intentando emplear los principios para la resolución de conflictos que llevo enseñando treinta años. Además, en mis planes solo había reservado tiempo suficiente para observar cómo él se sorprendía con los cambios que yo había hecho en la oficina, escuchar cómo le había ido el día y contarle cómo había sido el mío, y después vuelta al trabajo. ¡Y llevaba una hora de retraso en mis planes! Él se disculpó una y otra vez, y le desconcertó que

yo no estuviera orgullosa de que él hubiera invertido tanto tiempo ministrando a alguien.

A la mañana siguiente, cuando nos tomamos de la mano para comenzar nuestra oración diaria, yo oré: “Señor, ayúdame a liberar a Darnell de su ofensa y no permitas que la amargura eche raíces en mí”. Cuando terminamos de orar, dije: “Todavía estaba pensando en el incidente de ayer. Solo quería que saliera a la luz toda la estrategia que Satanás utilizó para sembrar discordia en nuestro matrimonio”.

Tras esta confesión, sentí que la armonía había sido restaurada. A pesar de su frenético horario, ese día llamó varias veces para demostrarme que yo era sin duda su mayor prioridad. Se convirtió en el chiste del día.

Toda ofensa tiene tanto potencial como para causar una brecha permanente en una relación.

Pero los conflictos no son algo que deba tomarse a broma. Quizá hayas fantaseado alguna vez con un ambiente en el cual tus relaciones fluyen en completa armonía: totalmente libre de ofensas y de problemas. ¡Despierta ya! Estás soñando. Es hora de enfrentarse a la realidad. Los problemas y los conflictos son un hecho en la vida.

Dios no nos ha creado para ser copias unos de otros. Por lo tanto, en cualquier relación —ya sea personal, laboral, social o espiritual—, surgirán temas espinosos. Jesús les dijo a sus discípulos: “...Imposible es que no vengan tropiezos...” (Lc. 17:1). Si te permites quedarte atrapado en la ofensa, tu relación con el ofendido nunca podrá ser la misma. John Bevere, en su libro *La trampa de Satanás*, dice: “No importa cuál sea el escenario, podemos dividir

a todos los ofendidos en dos categorías principales: 1) los que han sido tratados injustamente o 2) los que *creen* que han sido tratados injustamente”.¹

Toda ofensa tiene tanto potencial como para causar una brecha permanente en una relación.

Uno de los significados de *ofender* en griego es “engañar”. Una ofensa es un engaño de Satanás para privarte de relaciones significativas y productivas. Cuando se producen las ofensas, alguien debe actuar para cerrar la brecha. Creo, según las Escrituras, que esto se logra mediante la *confrontación eficaz*. Por eso escribo este libro, para aconsejar cómo hacer frente a las ofensas eficazmente.

La mayoría de las personas trata de evitar cualquier tipo de enfrentamiento. Los que no evitan el enfrentamiento, con frecuencia, gestionan la confrontación de forma ineficaz. Laree Kiely, profesor de comunicaciones empresariales en la *University of Southern California Business School*, dice: “El problema es que las personas nunca han aprendido realmente a comunicarse de forma directa sin dañar sus relaciones con los demás, o a negociar en sus relaciones para que ambas partes tengan la oportunidad de cambiar o de seguir exactamente donde están”.

En los siguientes capítulos, te mostraré cómo utilizar la confrontación de forma eficaz para levantar un puente de unión entre el conflicto y la cooperación, entre la discordia y la armonía. Muchos rehúyen esto, pero el enfrentamiento puede ser una herramienta poderosa para el crecimiento personal y para la mejora de las relaciones cuando se utiliza de la forma adecuada.

Se han escrito muchas obras sobre el trabajo en equipo y la cooperación; sin embargo, la mayoría de nosotros no entiende realmente el poder de la unidad desde una

perspectiva espiritual. Las Escrituras declaran que Dios literalmente *envía* bendición donde existe unidad:

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía!... porque allí envía Jehová bendición y vida eterna” (Sal. 133:1, 3).

El intento de edificar la Torre de Babel fue una vívida demostración del poder de la unidad. Después del diluvio, Dios ordenó a los descendientes de Noé que repoblaran la tierra. En lugar de dispersarse por el mundo según su mandato, decidieron construir una ciudad y quedarse en un único lugar. También decidieron construir un rascacielos que les sirviese como recuerdo. Estaban unidos en su objetivo, pero Dios obviamente no estaba complacido con el proyecto. Viendo el poder y la productividad de tal esfuerzo de unidad, Dios sabía que el cielo era literalmente el límite para cualquier cosa que se propusieran. Tenía que obstaculizar el progreso.

“Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los espació Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra” (Gn. 11:5-9).

Sí, Dios quedó impresionado ante su unidad para construir la torre; aunque el propósito de ellos era contrario a su voluntad.

Cuando los constructores ya no pudieron comunicarse, fueron incapaces de continuar con la construcción. La lección resulta bastante obvia: si no puedes comunicarte, no puedes edificar... nada. No puedes edificar un matrimonio, ni una iglesia ni un negocio.

La comunicación eficaz es el fundamento de todos los esfuerzos humanos. Por lo tanto, debes ser diligente para mantener abierta la puerta de la comunicación incluso cuando surgen los conflictos. El apóstol Pablo nos advirtió: “Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). También nos amonestó: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Ro. 12:18).

El reto es claro. Cada uno de nosotros debe hacer de la armonía con los demás su responsabilidad prioritaria y personal. La armonía no es solo crear un ambiente agradable; la armonía produce sinergia. La mejor manera de explicar la sinergia es decir que una mano es mucho más eficaz que cinco dedos que trabajan de forma independiente. Probé esta teoría utilizando pesas. Quería saber cuál era el peso máximo que mis dedos podían levantar independientemente. Un kilo fue el límite. Después probé la capacidad con todos los dedos juntos. Pensé que si cada dedo levantaba un kilo, todos juntos levantarían diez kilos como máximo. Para nada. ¡Levanté dieciséis kilos!

A este tipo de sinergia se refiere Deuteronomio 32:30 cuando habla de que uno puede perseguir a mil, y dos hacer huir a diez mil. Por lógica, si uno puede impactar en mil, dos deberían impactar en dos mil. Pero ahí está

el resultado de la unidad: somos diez veces más eficaces cuando estamos juntos. No es de extrañar que Satanás intente por todos los medios deshacer esa armonía. Sabe que nuestra unidad frustrará sus progresos.

Confrontación frente a represalia

La palabra *confrontación*, como la palabra *dieta*, tienen mala fama. La mayoría de nosotros asocia la dieta con pérdida de peso y hambre, y con renunciar a nuestras comidas favoritas. Sin embargo, una dieta es cualquier plan de comidas. Algunas dietas están pensadas para el aumento de peso, para aclarar el cutis y muchos otros objetivos positivos. Todas son dietas. Y lo mismo ocurre con la confrontación. Para empezar a cambiar tu mentalidad respecto a la confrontación y aceptar los conceptos que encontrarás en los siguientes capítulos, debes abandonar cualquier idea negativa preconcebida sobre la confrontación y centrarte en la auténtica definición de la palabra. El prefijo *con-* significa “juntos” o “con”, y la raíz *fron-* significa “enfrentarse; estar o encontrarse cara a cara”. La confrontación es simplemente *el acto de estar juntos cara a cara para resolver un asunto*.

La confrontación es buena, y el Señor la ordena; tomar represalias es malo y, por lo tanto, está prohibido.

Muchas personas quieren saber cómo se puede compaginar mi idea de la confrontación con la enseñanza de Jesús de presentar la otra mejilla. El Señor estaba alentando a sus discípulos a resistir el impulso de tomar represalias, cuando dijo: “Al que te hiera en una mejilla, preséntale

también la otra...” (Lc. 6:29). Hay una gran diferencia entre el enfrentamiento y la toma de represalias. *Tomar represalias* es “devolver el daño”. El Señor quiere que nos comprometamos a no vengarnos, por eso nos ordena presentar la otra mejilla.

Supongamos que la persona con la que tienes un conflicto y tú están sentados en una sala de conferencias, y esa persona te está dando continuamente pataditas por debajo de la mesa. Ella cree que está dando contra la mesa y no tiene ni idea de que te está haciendo sentir incómodo o te está molestando. La represalia sería devolverle la patada; la confrontación sería decir: “A lo mejor no te has dado cuenta, pero me estás dando patadas”.

La confrontación es buena, y el Señor la ordena; tomar represalias es malo y, por lo tanto, está prohibido. Jesús amonestó: “¡Mirad por vosotros mismos! Si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo” (Lc. 17:3). En el contexto de este versículo, reprender simplemente significa decirle que pare. Jesús habla muy claro aquí; sus palabras son inequívocas. Quiere que tratemos los problemas de relaciones con una confrontación eficaz.

“Confrontación sin represalias”

David y Saúl

David tenía toda la razón para querer tomar represalias contra el rey Saúl. Desde que David mató a Goliat, este inseguro rey lo persiguió como si fuera un fugitivo de la justicia. El problema fue que el pueblo literalmente cantó alabanzas a David por vencer al gigante, dándole el mérito de haber matado a diez mil, mientras que Saúl solo había matado a mil. Saúl asumió que el siguiente paso de David sería quitarle el trono, y la única manera

de detenerlo era matándolo. David se vio obligado a huir para salvar su vida.

Acompañado por una banda de valientes, David se escondió en cuevas y en otros lugares de refugio. Una noche, mientras perseguía acaloradamente a David, Saúl entró en una cueva para aliviarse. El destino quiso que David y sus hombres estuvieran dentro de la cueva ocultos en la oscuridad. David se acercó a Saúl sin que este se diese cuenta y le cortó un trozo del vestido. Los hombres de David lo incitaban a matar a su enemigo, pero él se negó y no permitió que sus hombres atacaran a Saúl. Su conciencia incluso se revelaba ante la idea de cortar la esquina de su vestido.

David pasó por alto esta primera oportunidad de vengarse por la persecución sin tregua a la que lo sometía el rey Saúl. Aunque se resistió a la tentación de *vengarse*, eligió *enfrentarse* a él.

“También David se levantó después, y saliendo de la cueva dio voces detrás de Saúl, diciendo: ¡Mi señor el rey! Y cuando Saúl miró hacia atrás, David inclinó su rostro a tierra, e hizo reverencia. Y dijo David a Saúl: ¿Por qué oyes las palabras de los que dicen: Mira que David procura tu mal? He aquí han visto hoy tus ojos cómo Jehová te ha puesto hoy en mis manos en la cueva; y me dijeron que te matase, pero te perdoné, porque dije: No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Jehová. Y mira, padre mío, mira la orilla de tu manto en mi mano; porque yo corté la orilla de tu manto, y no te maté. Conoce, pues, y ve que no hay mal ni traición en mi mano, ni he pecado contra ti; sin embargo, tú andas a caza de mi vida para quitármela. Juzgue

Jehová entre tú y yo, y vénguese de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti” (1 S. 24:8-12).

Dándole el beneficio de la duda, David sinceramente deseaba saber por qué el rey Saúl había preferido escuchar a aquellos que le decían que él quería hacerle daño. La verdad es que no había otros que hubieran inspirado al rey a actuar así directamente, sino que había sido su propia inseguridad (1 S. 18:6-9). Tal como actúa un hombre conforme al corazón de Dios, David nunca perdió el respeto hacia la posición de autoridad del rey.

Este es un buen ejemplo para emular si alguna vez tenemos que enfrentarnos a alguien cuya autoridad es superior a la nuestra, ya sea en la iglesia, en el trabajo o en casa. Debemos seguir respetando y honrando la posición de la persona mientras tratamos de ser comprendidos y de resolver el problema; incluso aunque los que nos rodean nos animen a hacer lo contrario. Nunca tenemos que tomar una actitud vengativa o dar pasos hacia la represalia contra quien nos ha ofendido en un conflicto personal. El apóstol Pablo nos recuerda: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19).

El reto

Si existe un conflicto que debas enfrentar, es importante que tengas claro qué es lo que te propones o deseas conseguir. Piensa cuál es el verdadero objetivo a la hora de enfrentarte al problema. ¿Deseas que alguien deje de tener un comportamiento negativo o que comience a comportarse bien, o quieres realizar otros cambios? Ten claro lo que planeas pedir.

Se nos ha encomendado la confrontación

Cada vez que te enfrentas a un conflicto o una situación donde el comportamiento de alguien es destructivo para él o para los demás, tienes que tomar tres decisiones básicas:

- Hacer frente o no al conflicto.
- Cuándo hacerlo.
- Cómo hacerlo.

Quizá deberías preguntarte: “¿Debo hacer frente a todo tipo de ofensa?”. ¡Rotundamente no! El libro de Proverbios nos aconseja:

“La discreción del hombre le hace lento para la ira, y su gloria es pasar por alto una ofensa” (Pr. 19:11, LBLA).

Creo que la palabra operativa de este pasaje es *una*. En general, haríamos bien en pasar por alto los desprecios o pullas insignificantes y otras molestias que forman parte de la vida diaria. Sin embargo, no podemos pasar por alto un *patrón* de comportamiento negativo. La mayoría elige evitar la confrontación y, al hacerlo, crea un problema mayor.

Como siempre, la respuesta a los problemas de la vida podemos encontrarla en la Palabra de Dios. La Biblia nos exhorta a la confrontación en tres situaciones diferentes:

- Cuando nos ofenden.
- Cuando ofendemos.
- Cuando un hermano o hermana se entrega a un comportamiento autodestructivo o poco inteligente.

En estos tres casos, se nos ordena que tomemos la iniciativa a la hora de tratar el problema. Echemos un vistazo a cada uno de ellos y veamos qué dicen las Escrituras.

Cuando nos ofenden

En Mateo 18:15, Jesús dijo: “Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano”. Aquí se nos está aconsejando claramente que nos enfrentemos al ofensor. En los versículos siguientes, Jesús da más instrucciones para hacer que otros se impliquen cuando la parte ofensora no nos escucha. Sin embargo, en este libro, nos centraremos únicamente en las confrontaciones personales e individuales.

La mayoría de los cristianos cree que es un signo de humildad y de santidad sufrir en silencio y reprimir la ira cuando alguien los daña o los ofende. Reprimir la ira o la frustración no es bueno. Toda emoción reprimida, al final se expresa de alguna manera. Algunos comen demasiado; otros se inclinan hacia el alcohol y las drogas; y otros se pueden volver compradores o trabajadores compulsivos para sobrellevar las frustraciones que les provoca la no confrontación.

La profesión médica tiene muchos casos documentados de enfermedades cuya raíz está en el resentimiento y la falta de perdón. Una vez, en un almuerzo con mujeres

cristianas, me senté al lado de una que había sufrido un derrame cerebral. Cuando le pregunté qué le había producido aquello, ella dijo que se debía a que nunca expresaba en voz alta las cosas que le molestaban. Desde entonces he entrevistado a muchas personas víctimas de derrames cerebrales, y sus respuestas fueron casi idénticas: constantemente ocultaban su ira y nunca se defendían cuando alguien las hería u ofendía.

Pablo nos exhorta a estar alertas ante la amargura: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (He. 12:15). La confrontación eficaz es la mejor salvaguarda contra el enraizamiento de la amargura. La amargura es resentimiento acumulado; el resentimiento es ira no resuelta que se envía de nuevo o se reprime, en lugar de ponerla sobre la mesa y enfrentarse a ella de manera eficaz. Para que algo eche raíz, tiene que estar por debajo de la superficie. Podemos evitar que la ira se adueñe de nosotros no permitiéndole que se oculte bajo la superficie.

Algunas personas tienen un punto de ebullición tan bajo o tienen tanta ira y frustración reprimida que saltan a la menor provocación. Yo denomino a esto el síndrome de “hervir y estallar”. Es obvio que este tipo de reacción no arregla el problema; solo lo empeora.

La persona más madura espiritualmente es
la que siempre inicia la reconciliación.

Los cristianos que cargan con estas emociones se convierten, sin darse cuenta, en personas disfuncionales.

Cualquier comportamiento disfuncional en un cristiano es una trampa de Satanás, para hacer que se sienta frustrado y que no pueda cumplir el propósito divino.

Cuando somos los ofensores

Cuando nos damos cuenta de que hemos ofendido a alguien, tenemos la responsabilidad de actuar activamente para conseguir la reconciliación. Jesús dijo: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23-24).

Cuando nos apercibimos de que alguien ha comenzado a evitarnos o sentimos que hay tensión en nuestra relación, es hora de actuar. Mi esposo y yo a menudo nos retamos a actuar según nuestra creencia de que la persona más madura espiritualmente es la que siempre inicia la reconciliación. Las personas espiritual o emocionalmente inmaduras esperan que los demás les tiendan la mano para la reconciliación.

Cuando observamos que un creyente tiene un comportamiento destructivo

Puede que te encuentres en la situación de tener que hacer frente a alguien no porque su comportamiento te esté afectando negativamente, sino porque ese comportamiento tiene un efecto indeseable en él mismo o en un grupo. El apóstol Pablo exhortó a las iglesias de Galacia: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gá. 6:1).

Muchos murmuran cuando ven que un hermano o hermana comete una falta o tiene algún comportamiento impío. Pocos se enfrentan a ellos. Hay que entender que la amonestación de Pablo va dirigida a alguien que tenga relación con la persona a la que es necesario hacer frente. Este pasaje no es una licencia para que los cristianos legalistas fuercen a nuevos convertidos ingenuos a cumplir con sus reglas humanas. He visto cómo muchos que son nuevos en Cristo se alejan de la iglesia porque alguien de forma poco inteligente se ha metido con su apariencia externa. ¿Por qué no se toman antes un tiempo para discipular a estos recién llegados en la Palabra de Dios y atender primero sus otras necesidades?

Gánate el derecho a ser escuchado. Si demuestras ser una persona que apoya con cariño y sin juzgar, puede que no sea necesario amonestar y corregir a los nuevos convertidos.

No importa lo espiritualmente madura que una persona diga ser, todos podemos en un momento dado caer en pecado o comportarnos de forma poco inteligente. Por lo tanto, cuando veamos que un hermano o hermana se está saliendo del buen camino, nuestra obligación cristiana es “devolverlo al buen camino”. Nadie ve con total claridad respecto a uno mismo; todos tenemos momentos de ceguera. A veces es necesario que una persona con una visión objetiva y espiritual ponga luz en nuestra ceguera.

Ponerse a la defensiva nos ayuda a protegernos contra la dolorosa verdad.

Cuando nos enfrentamos con alguien por su comportamiento destructivo, es de esperar que se ponga a la defensiva

y dé todo tipo de excusas. Nadie desea realmente aceptar sus faltas, debilidades o fallos. Ponerse a la defensiva es una respuesta natural que nos ayuda a protegernos contra la dolorosa verdad. Ten en cuenta esto y no te sientas desanimado por ello cuando te enfrentes a alguien por su comportamiento.

Job dijo: “¡Cuán eficaces son las palabras rectas!...” (Job 6:25). Muchos echarán la culpa a los demás de sus acciones o tratarán de justificarlas. Ejemplos bíblicos de esto los tenemos en Eva (“...La serpiente me engañó...”, Gn. 3:13); Aarón (“...tú conoces al pueblo que es inclinado al mal”, Éx. 32:22) y muchos otros. Nadie responderá como el rey David cuando el profeta Natán lo reprendió por haberse acostado con Betsabé y haber mandado matar a su esposo. Él dijo: “...Pequé contra Jehová...” (2 S. 12:13).

Consejo rechazado

He enviado muchos paquetes desde la oficina de correos de nuestra zona, y algunos han sido devueltos, principalmente por franqueo insuficiente, dirección errónea o rechazo del destinatario. Echemos un vistazo a la aplicación de cada una de estas razones refiriéndonos a la confrontación.

Franqueo insuficiente es no pagar o no poner el suficiente dinero para enviar el paquete. Cuando informamos sobre el comportamiento de alguien —especialmente cuando no es el lugar de trabajo—, tenemos que ganarnos el derecho a ser escuchados. Esto significa que tenemos que invertir lo suficiente en la relación con la otra persona como para que ella se dé cuenta de que realmente nos preocupa su bienestar.

Dirección equivocada es no dirigirse a la persona de forma positiva. Utilizamos el tono inadecuado, mostramos

hostilidad, hacemos juicios o adoptamos cualquier otro enfoque que no lleva a ninguna parte.

El *rechazo del destinatario* ocurre cuando una persona no está lista para recibir un consejo, ya sea por razones psicológicas o porque no desea hacer frente a la realidad en este período de su vida. Cuando recibimos el aviso de “devolver al remitente”, tenemos que entender que está fuera de nuestro alcance. Nosotros hemos hecho lo que debíamos. Ahora tenemos que orar para que el otro sea receptivo a la verdad y para que Dios ponga en su camino a alguien a quien quiera escuchar y prestar atención.

“¡Deja de ser hipócrita!”

Pablo y Pedro

Pablo, uno de los últimos apóstoles de nuestro Señor, persiguió y mandó matar a muchos cristianos antes de someterse al llamamiento que Dios tenía para su vida. Pedro, por otra parte, había disfrutado de una relación cercana con Jesús durante el tiempo que este estuvo en la tierra. Pedro era una figura clave en la iglesia primitiva.

Pablo observó que Pedro estaba empezando a tener un comportamiento que resultaba destructivo para la iglesia y se enfrentó con él.

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero

cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?” (Gá. 2:11-14).

Pablo sabía que muchos seguidores emulaban a su líder. Por lo tanto, un líder que actuaba de forma errónea debía ser confrontado. Algunos podrían decir que Pablo seguramente sentía envidia de Pedro por su estatus de apóstol original, pero eso no era así. Pablo simplemente quería ver a Pedro y a los demás líderes caminar según la verdad del evangelio, que declaraba que ya no había que cumplir la ley judía. No había diferencia entre judíos y gentiles. No había necesidad de preferir a un grupo frente a otro.

Que Pablo se enfrentara “cara a cara” con Pedro es un ejemplo claro de qué es la confrontación literal; es decir, se pusieron uno frente a otro. Como la ofensa de Pedro era pública, Pablo lo amonestó públicamente. Si se hicieran más amonestaciones públicas hoy día, tal vez se producirían menos liderazgos impíos.

Pablo nos urge a enfrentar cara a cara a cualquier hermano o hermana que haya cometido alguna falta. No tenemos que sentirnos intimidados por el rango de nadie o por el entorno.

El reto

Como recordatorio de que eres tú el que debe iniciar una confrontación sana, ya seas el *ofensor* o el *ofendido*, anota los pasajes de Mateo 5:23-24 y 18:15 en una tarjeta y memorízalos.

“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas

de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23-24).

“Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano” (Mt. 18:15).